



«MY SECRET LIFE»

CAPITULO 19

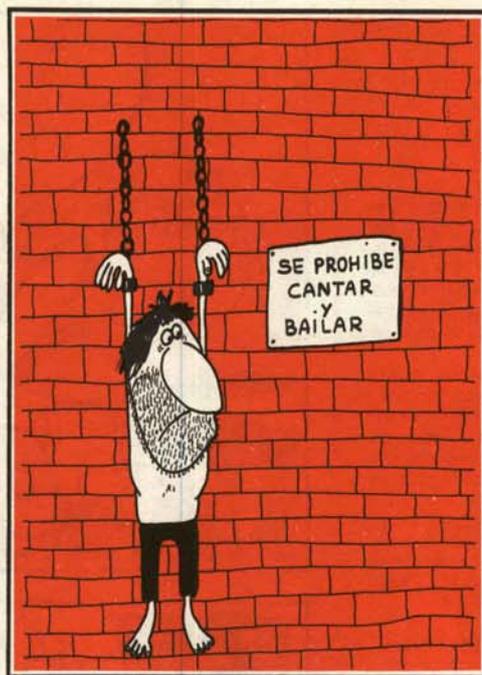
—¿Qué hacéis llorando en mi hombro, vieja mema...?

La baronesa de Duty-Sweat Replace trató de contarme sus desventuras amorosas por culpa de Valéry Giscard d'Estaing. La sacudí un guantazo y me perfumé el aliento antes de entrar en detalles: «Señora: No lloréis jamás en otros hombros que en los de vuestro amante. Es injusto que me hagáis estos llantos a mí y le entreguéis vuestro amor a él. Buscad al señor D'Estaing y estropead su traje con esas lágrimas repugnantes. ¡Oh, vieja imbécil...! A mí sólo me llora quien me paga por amar».

Cogí un busto de bronce y golpeé —seco, sonriente, duro y casi tierno— el cráneo de la baronesa. Unas gotitas de sangre azul motearon mis botines grises de color celeste. La Duty-Sweat Replace cayó a mis pies malherida. Dijo: «¡Os creeréis más hombre por esto...!». «No, mi querida baronesa, no... Adriano di Tola ya no es más hombre, Adriano di Tola está a medio camino en la ruta de los dioses. ¡Morís a mis manos y no os dáis cuenta de la gloria que habéis en ello...! ¡Oh! ¡Pobre anciana! Enamorarse de un político es envejecer en la espera de una antesala olvidada por el amor. Una baronesa como vos, debería haber alimentado al menos un chulo como todas las mujeres importantes de la Historia. Así... Moriréis sin saber lo que es el goce del dinero mejor invertido. Os iréis rica, mas la juventud que yo os ofrecí a cambio de unos simples castillos, se os escapa ahora por esa fractura de cráneo que mi juventud y este busto de Camilo Sesto han hecho posible. Morid, vieja mema que, de todas formas, vuestro dinero vendrá a mis manos. Vuestra hija Sandra está siendo seducida. La herencia será mía y vos habréis hecho el ridículo por enamoraros de un francés tan de derechas. Mitterrand, al menos, os hubiera dado un aire de leyenda...». La baronesa había muerto. Tomé la banda de terciopelo manzana e hice sonar la campanilla. Apareció el mayordomo. «Que borden en mis calzoncillos las armas de los Duty-Sweat Replace —dije—. Y ahora, llevaos esta carroña de aquí. Si no podéis hacerlo solo, que os ayude Pinochet». Vino el chileno y le ayudó. Se llevaron a la baronesa. Su hija Sandra apareció en la puerta y se recostó en el quicio mientras los otros sacaban el cadáver de su madre. «¡Oh, Adriano. No sé si tengo sentimientos para llorar su muerte!». «En ese caso, gozad mi vida». «Allá voy». «Primero, el testamento. Leámoslo juntos mientras nos suben las ostras y el champagne». «No hace falta. Es todo tuyo». «En ese caso: firma, mi pequeña huérfana». Firmó. Mi madre podría seguir en el sanatorio. No es que esté enferma. Es que la gusta vivir allí para reírse de los enfermos.

ADRIANO DI TOLA

(Continuará)



ANTES



DURANTE



DESPUES

de los modernos tratamientos para convertir un niño de izquierdas en uno de derechas. Y viceversa.

